



La familia sin misericordia se destruye.

“El amor no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido... todo lo disculpa” (1Cor 13,4-7)

P. Ricardo Facci

Encontrarse y seguir a Jesucristo no significa que uno será perfecto al instante. Hay un proceso, un camino. Un subir y bajar en la vida de la gracia. La conversión es un momento muy especial, que arrebatara el corazón; pero adecuar toda la vida en actitud de coherencia con una vida cristiana, lleva su tiempo. Generalmente, exigimos “perfecciones”, especialmente, a quien predica. Se suele escuchar, “si alguien anuncia la palabra que primero la viva”. Y la evidencia nos enseña que el mayor testimonio que cada uno puede dar, es la de asumir su ser pecador y aunque sea arrastrándose, con confianza en la misericordia del Señor, balbucear “Señor, ten piedad”.

El misterio de la Iglesia consiste en manifestar que Dios nos ama a todos, tal cual somos. La maravilla es que Dios me ama a “mi”, que soy un pecador, un ser débil y pequeño. La segunda maravilla, es que Cristo camina junto a este ser pecador y no se escandaliza, sino que camina a la par sin juzgar, no deja de ser el amigo verdadero.

En cambio, cuando convive con nosotros el soberbio, si conoce y ve nuestra debilidad y pobreza humana, nuestro ser pecador, se escandaliza. No soporta que Cristo ame al pecador gratuitamente, sino que quiere que el amor y la gracia de Cristo haga de uno un ser perfecto, un superhéroe, un intachable. El soberbio no acepta “mi” debilidad, fracaso o pecado, ni el de nadie.

La encarnación de Dios, su vaciamiento de sí mismo, es amor a nosotros. Misericordia pura. Cuando no se es misericordioso, esta actitud tiene algo del demonio y nada de Dios.

Las leyes humanas, en la generalidad, buscan aplastar al que pecó. Tienen como objetivo condenar. Por eso, había que “inventar” en qué se equivocó Cristo, para condenarlo. Lo lograron, por eso miraban soberbiamente y triunfantes a Cristo en la cruz. Los soberbios siempre desprecian al que cayó.

Tenemos claro que hay que odiar al pecado, pero se debe amar al pecador. La actual civilización se autodestruye y se desmorona si toma distancia de este punto clave, que se carga de significado en Cristo y éste crucificado (1Cor 2,2). Dios en Cristo crucificado, reconcilia a los hombres consigo (2Cor 5,19), perdona al pecador, a nosotros.

Mis queridos amigos, la familia se destruye si no se puede perdonar al que peca. Para el mundo no tiene sentido perdonar. No quiere perdonar. No sabe perdonar. No comprende por qué perdonar.

Cuando alguien falla, peca, encarna en su ser la infidelidad, y pide perdón, por eso siempre insisto que el futuro de la familia depende de aquel que debe perdonar. Alguien ya falló, hizo todo lo malo que debía hacer, se transformó en lo peor, lacra social, excremento... no sé, pensemos las peores palabras y apliquémosla a su ser... pero ya está, ya se equivocó, ahora pide perdón, desea que alguien lo ponga de pie. El soberbio se mofa, se burla, se ríe, no acepta la imperfección del otro. El humilde, mira a Cristo crucificado, y perdona... setenta veces siete (Mt 18,22).

El mundo engaña con sus propuestas individualistas, hace creer que no se debe soportar nada, ningún pecado, que ésa es la verdadera virtud. El mundo es lo contrario a Cristo crucificado, que cargó sobre sí nuestro pecado, el tuyo, el mío; cargó el odio, la maldad y las actitudes violentas, todo. El mundo propone que todo se debe denunciar. Especialmente en el ámbito familiar. Denunciar inmediatamente. Nada se debe soportar. Entonces, a la primera incomodidad hay que separarse, divorciarse... Perdonar, ¡jamás! No me refiero a los casos extremos y reiterados, donde la convivencia es inviable e invivible. Tampoco hago referencia a la cantidad de muertes que se ocasionan en relaciones sentimentales, generalmente, de matrimonios o parejas destruidas hace tiempo, donde se provocan celos a gente enfermiza, sin ningún dominio de sí mismos y generan desastres. Pero, mientras se siga destruyendo las familias, se permita la degradación de la sexualidad desde las más tiernas edades en los jóvenes, y se promuevan relaciones sentimentales pasajeras, sin ningún sustento ni contención social y moral, esto se va a incrementar tristemente. Alguien me comentaba que su hija había estado en pareja, pero ahora se habían separado; me decía: “ninguno quedó con heridas, es que viven mucho mejor los jóvenes hoy en día, diferente a nosotros”. Mientras haya padres que aplaudan estas cosas, y la sociedad las siga promoviendo, muchos andarán de mano en mano, de brazo en brazo, cayendo hacia

un precipicio, sin saber qué hay en el fondo. La cuestión es no soportar nada, no aguantar, no sufrir. Mientras todo va bien, adelante, “nos amamos”. A la primer exigencia de perdón, “esto no va más”...

La historia de la humanidad y la historia de la Salvación tienen un común denominador: el hombre caminó de infidelidad en infidelidad hacia Dios. ¡Y Dios! Dios perdonó siempre. Perdonó, perdona y perdonará. Este es el misterio, decíamos, que Dios “me” ama y perdona, tantas veces como “me” alejo y, al regresar, pido perdón.

Mientras el soberbio se burla de mis caídas e infidelidades, de mi debilidad, Dios me ama y perdona, desde un trono llamado humildad.

El mundo y el demonio no quieren perdón, sólo rupturas, especialmente, en el ámbito de la familia. Algunos cargándose de actitud de soberbia, muestran con orgullo hasta su propio pecado, como si hubieran logrado los mayores triunfos, en lo que no es otra cosa que su propia derrota. Otros, ante el pedido de perdón, se cierran, lo niegan, desde otro tipo de postura de soberbia, no aceptan la debilidad del otro.

La Iglesia, esposa de Cristo, cargada de debilidad y pecado, porque estamos nosotros (para ser más claros y concretos: porque estoy “yo”), pero santa por el inmenso amor de Dios. Por esto, sabiéndonos iguales, moldeados con el mismo barro, qué importante es que los cristianos en la Iglesia, sepamos perdonarnos constantemente, aceptando la debilidad de quien nos acompaña en el peregrinar diario, en la vida de familia o comunidad, manifestando así el misterio del amor de Dios. Nadie está exceptuado, todos somos pecadores, damos lástima, somos unos pobrecitos.

Queridos amigos, la familia necesita amor, y el amor contiene misericordia, por eso aprendamos de Dios que crucificado en Cristo, se muestra humilde, bueno; y sin rencor grita: “¡Perdónalos!” (Lc 23,34). Muchas familias hoy están rotas, porque se gritaron reproches, revanchas, acusaciones, en lugar de abrazarse y besarse en el amor sangrante de la herida, pero que perdona como Cristo desde su costado abierto, desde sus llagas... “¡Te perdono!”. Estas palabras deben ser el final de todo conflicto familiar, comunitario o eclesial. ¡Que este tema nos ayude a comprometernos a trabajar por reconstruir las familias! ¡Quiera Dios que esta Cartilla contenga la gracia para abrir la puerta de la reconstrucción de muchas familias!

Oración

Señor Jesús,

¡quién pudiera alcanzar tu humildad que perdona!

Perdonaste desde los “Herodes hasta los Pilatos”,

pusiste la otra mejilla, en silencio soportaste la flagelación,

la corona de espinas, el vinagre en tu boca,

los clavos, la lanza en tu intercostal, las burlas, las risas irónicas,

la soledad y el miedo, la traición de Judas y la negación de Pedro,

el dolor de las lágrimas de María y de tus amigos,

en fin, la puñalada de una humanidad, que no reconoció la dimensión de tu ser,

menos aún, tu amor.

Enseñanos a humillarnos, a saber soportar las dificultades que puede ocasionar nuestro prójimo,

de este modo, ser misericordiosos, como Tú lo eres con nosotros. Amén.

Trabajo Alianza

1.- ¿Sabemos perdonarnos de verdad, cuando somos humillados por el otro?

2.- ¿Damos testimonio a nuestros hijos del ser capaces de perdonarnos y sanar las heridas de nuestro amor?

3.- Si cada uno de nosotros debería responder, qué es lo que aún cuesta perdonar al otro, ¿qué diríamos? ¿Cómo nos ayudaríamos a superarlo?

Trabajo Bastón

1.- ¿Somos conscientes de que la sociedad y el mundo actual no promueven el perdón en la vida familiar?

2.- ¿Educamos a nuestros hijos en la capacidad de perdonar como elemento fundamental del amor?

3.- ¿Cómo contrarrestar los efectos de la sociedad que divide antes que unir, en especial, a los miembros de la familia?

4.- ¿Cómo describiríamos el sentido profundo del perdón como parte del amor.

PEREGRINACIÓN de HOGARES NUEVOS: Entre los días 8 y 22 de junio de 2017, Viaje-peregrinación a **Polonia** (Cracovia, Santuario de la Misericordia, S. Faustina, Santuario de San Juan Pablo II, Czestochowa, Auschwitz, Wadowice); **Austria** (Viena); **Bosnia y Herzegovina** (Medjugorje); **Italia** (Santuario Padre Pío). Informes. Silvana y Gustavo (Mundo Viajes) Tel: + 54 353 - 4524298 gustavo@mundoviajes.tur.ar / México: Lili y Mundo Ávila, lili_avila2004@yahoo.com.mx